

## Capítulo 1

Hay días en la vida que pasan tranquilos y monótonos. Otros que transcurren en una euforia desenfrenada. Días que se suceden entre la indolencia y el hastío. Y días... ¡Dios nos libre! Ese día particular parecía no tener fin y era más deprimente de lo normal. Era el día de su cumpleaños... Su cuarenta cumpleaños.

A los veinte se había jurado a sí misma que al cumplir los cuarenta organizaría una gran fiesta a la que invitaría a su marido, a la familia de su marido, a los amigos de sus hijos, a todos los oficiales, todos los funcionarios, todas las amas de casa, a todo aquel que tuviera autoridad y derecho a adoptar decisiones, a todo aquel que tuviera su vida en sus manos, todo aquel que forjara su destino, a todos los obreros y los campesinos.

Pero cuando llegó el día, Haná estaba sola en su guarida de solterona. Tan sola como un gato salvaje.

*Solterona.* Qué palabra tan horrible.

Pero ella no era una solterona. Ni por asomo parecía estar en los cuarenta. Se miró en el espejo. Aparentaba treinta. Puede que veinte. Era menuda y sus muñecas, finas y delicadas. Una mujer madura cuando sus muñecas pierden el encanto de la juventud.

Pero las suyas conservaban su belleza. Ni siquiera sus rasgos más pequeños habían cambiado; seguían siendo los de un ratoncito gris. Su cuerpo no había perdido su gracia. Incluso las leves arrugas que tenía alrededor de sus ojos eran todavía imperceptibles.

Era un día aburrido y temible. Ella era valiente pero temía enfrentarse a este día. Como de costumbre organizó y anotó todos sus planes para la jornada. A las nueve iría al hospital a visitar a su antigua profesora, que había sufrido un derrame cerebral. Luego intentaría entrevistarse con su director de departamento. Después se prepararía para viajar al día siguiente al congreso científico.

Pero había algo que la dominaba.

Una sola idea que la obsesionaba.

Iría a ver a su director de departamento siendo aún virgen.

Se prepararía para el congreso siendo aún virgen.

Cumpliría los cuarenta siendo aún virgen.

La sola idea le asqueaba. Tenía que haber una salida. Su virginidad había comenzado a asfixiarla y a echar por tierra todo lo demás. La virginidad que había preservado durante años era ahora su peor enemigo. ¿Y quién sería merecedor de poner fin a la virginidad de la profesora Haná? ¿Acaso había nacido el que lo mereciera? ¿O aún no?

Una idea obsesiva se había apoderado de ella: hoy mismo tenía que dejar de ser virgen y tenía que ser enseguida. Si no, se convertiría en una solterona amargada de cuarenta años. Si conseguía perder la virginidad hoy mismo, por fin se convertiría en una mujer. Algo que la llenaría de orgullo. A los cuarenta era una desgracia permanecer virgen solo porque quien la merecía aún no había nacido. Era una mujer práctica y sabía lo que quería.

La profesora Haná Saad contemplaba al secretario del director del departamento expectante y furiosa. Nunca se había sentido así. Lo

único que deseaba hoy era golpear la cabeza de Abdelhamid con un buen martillo hasta ver y sentir su sangre en sus manos, nariz y ojos.

–Doctora Haná, le he dicho que el doctor Sami está muy ocupado –repetía con el tono del excéntrico califa fatimí Alhakem el día que prohibió la sopa de gringule y prendió fuego a las calles de El Cairo.

Ella respiró hondo.

–Tiene que firmar el visto bueno a mi viaje hoy –replicó ella con voz temblorosa–. Si no lo hace, no podré ir al congreso, y si no voy...

–Doctora Haná, ya le he dicho que está ocupado –la interrumpió el secretario molesto.

Luego giró la cabeza con desdén y se puso a hablar con otro profesor.

No estaba dispuesta a rendirse. Tenía que viajar mañana y hoy tenía que perder su virginidad. Tenía que arrancar sus derechos de las mismas fauces del lobo y para eso tenía que ganarse al secretario.

Éstos eran tiempos de rapiña, la época de Abdelhamid, la era del miedo, la hipocresía y la indolencia, el tiempo de los tiranos y los colonizadores. Una época que odiaba, un tiempo que no reconocía. Aquel secretario le revolvió el estómago.

Cerró los ojos mientras escuchaba las lisonjas que cada profesor dedicaba al secretario esperando agradar al director del departamento.

¿Cuánto tiempo llevaba sentada? ¿Cuánto le quedaba todavía?

–Doctora Haná, el doctor Sami quiere verla –anunció finalmente el secretario con solemnidad.

Se levantó con paso firme y con su vestido amplio, su negra cabellera y sus extravagantes zapatos naranja y abrió la puerta

segura de sí misma. Miró a su colega, un hipócrita maestro en relaciones públicas. ¡El director del departamento! Odiaba a Sami, a su mujer, a su hijo ayudante, y al resto de su familia que trabajaba en la universidad. Odiaba al Sami hombre y al Sami profesor.

El sentimiento era recíproco.

–¿Quieres viajar a Estados Unidos, Haná? –dijo sarcástico.

Lo que más odiaba es que ella tenía que llamarlo doctor Sami mientras él la llamaba Haná.

–Necesito su autorización para el congreso. Se la pedí hace tres meses y aún no me la ha dado. ¿Por qué? –preguntó intentando calmarse.

–Soy yo el que hace las preguntas y tú quien responde. No al contrario –replicó.

Sintió que la sangre le hervía por las venas.

–Pues pregunte –contestó vehemente.

–No has corregido tus exámenes –dijo señalando una montaña de exámenes–. Podría hacer que te abrieran un expediente por ello.

–No los he corregido porque no fui yo quien impartió esa asignatura. Lo sabes perfectamente –contestó acaloradamente mientras cada palmo de su cuerpo se estremecía–. La daba el doctor Alí hasta que se marchó como profesor visitante a Arabia Saudí. Tú autorizaste su marcha y ahora no me dejas asistir a un congreso científico que me sería útil para...

–¿He oído tú? Usted... querías decir usted, ¿verdad, Haná? Si no corriges los exámenes, no te concederé el permiso.

Ella iba a abrir la boca cuando él continuó:

–No puedo perder más tiempo. Ahí tienes quinientos exámenes. ¿Podrás corregirlos antes de mañana? Si puedes, te firmaré el permiso. Dame acuse de recibo y entrégaselos a Abdelhamid por la mañana.

Lo miró entre aturdida y asustada. Invasión por el desánimo,

volvió a pensar que era su cuarenta cumpleaños... y seguía siendo virgen.

Mañana viajaría a Estados Unidos donde vivía su primer amor, Rami El-Masri.

Pero hoy tenía que perder la virginidad, corregir quinientos exámenes, dar una tremenda bofetada a Sami, golpear a Abdelhamid con un señor martillo, perder su virginidad. Luego ir al congreso y puede que encontrarse con Rami, o puede que no.

Luego perdería la virginidad.

Volvería a casa y luego...

Se sentó de nuevo y miró fijamente a Abdelhamid. A duras penas veía su cara entre los cientos de exámenes que descansaban sobre su regazo.

—¡Profesora Haná!

Al otro lado de los folios, de pie frente a ella, vio a un joven y lo saludó de manera mecánica:

—¿Qué tal, Jáled?

Él le sonrió y, sin mirarla a los ojos, le dijo:

—¿Son suyos todos esos papeles? ¿Quiere que la ayude, profesora?

—Por favor, Jáled —contestó mientras intentaba incorporarse.

Le quitó los exámenes de encima y ella se levantó, se dirigió a la puerta sin intercambiar ni una palabra con Abdelhamid. Echó a andar junto al joven y empezó a observarlo. Fijó la vista en su cabeza: era moreno y delgado. El típico egipcio. Jamás cruzaba su mirada con la de ella. Todos sus rasgos irradiaban timidez y sus labios desprendían confianza. Necesitaba a un hombre y Jáled andaba por los veinticinco o veintiséis. Ella tenía cuarenta pero era pequeña y menuda, y se quitaba las canas con un tinte negro intenso que iba como anillo al dedo a sus espesas cejas negras.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó él con calma.

–Perdona, Jáled. ¿Querías ver al profesor Sami? Igual te voy a dejar sin...

–Vendré a verlo dentro de una hora –la interrumpió–. ¿Necesita ayuda, profesora?

Ella lo miró a los ojos y él los retiró avergonzado.

–Sí, necesito ayuda. Mucha ayuda –sonrió.

–A sus órdenes –respondió con la misma calma que ahora ella encontró excitante.

–Gracias, Jáled. Recuerdo cuando te explicaba la poesía victoriana. Eras mi mejor alumno.

–Por favor, profesora.

Jáled era un alumno ejemplar, dócil, servicial, trabajador, serio y aplicado. Y era pobre. Lo percibía en sus aficiones, su trabajo sin descanso y su rencor hacia los ricos. También en su manera sencilla y franca de hablar sobre sí mismo y en su prudencia a la hora de rehuir los conflictos.

–¿Puedes ayudarme a corregir estos exámenes? –le dijo animada–. Mañana tengo un congreso y, si no termino de corregirlos, no podré asistir.

–Por supuesto, profesora. Encantado –respondió espontáneo–. Déjeme la mitad y me pasaré la noche corrigiéndolos.

–Imposible. Están bajo mi custodia. Tienes que corregirlos en mi presencia. Pero no pasa nada, Jáled. Sé que eres muy servicial. ¿Te importa venir a corregirlos a casa?

La miró un poco asustado. Luego dijo:

–Si usted no tiene inconveniente, yo me los llevo y...

–No puedo dejártelos –lo interrumpió–. Únicamente te pido que los corrijas en mi casa. No estaré sola en casa.

Respiró aliviado y contestó:

–Lo siento. Pensaba que usted... Por supuesto que iré. ¿Tras la oración de la puesta de sol le parece bien? Tengo que hacer algunos recados.

–Muy bien –respondió triunfante.

Encendió la luz del salón y dejó los exámenes sobre la mesa. Su casa era vieja: era la casa de sus padres. Aquí fue donde les dijo adiós y aquí pasaría el resto de su vida. Puede que sola, puede que no. Aquí habían transcurrido la mayor parte de sus cuarenta años. Le encantaba su casa. Se había convertido para ella en una serie concreta de rutinas sin las que no podía vivir. Al contrario que su hermana, Haná ahorra electricidad. No encendía las luces hasta las siete de la tarde y a esa hora solo prendía la luz de su habitación. Entonces empezaba a leer y a beber café a pequeños sorbos. Antes de irse a la cama abría el ventanal de su dormitorio y respiraba profundamente. Contemplaba la calle abarrotada del barrio de Zamalek. Desde hacía diez años, desde que murió su madre, tomaba manzanilla antes de dormir siguiendo un consejo que le dieron. Luego se metía en la cama y esperaba el sueño del mismo modo que el hombre anhela a la mujer amada. A veces llegaba, y a veces no.

La profesora Haná era cuidadosa y organizada. En la cocina, cada cosa tenía su sitio. Solo tomaba dulces cuando visitaba a su hermana y nada más comía carne una vez por semana. Le encantaba la carne asada, pero no asarla. La compraba en un conocido local de kebab y luego comenzaba una operación de limpieza que le llevaba por lo general una hora. Dado que tomaba su comida principal del día a las seis de la tarde, tenía que planificar la compra del asado desde bien temprano. La operación de limpieza comenzaba eliminando la salsa de sésamo, la ensalada y el pan. Después, tras retirar los trocitos de perejil esparcidos sobre la carne con precisión y cuidado, la introducía en el horno media hora más.

A la profesora Haná no le gustaban las visitas y menos las de su familia. En la mirada de su hermano veía codicia; en la de su hermana, desasosiego; y odiaba la codicia y el desasosiego.

La cocina estaba tal y como la dejó su madre diez años antes. Pulcra. En la casa la comida era frugal pero nutritiva: una ensalada preparada con esmero, sopa congelada, pescado congelado y un trozo de pechuga de pollo que comería el jueves al finalizar el trabajo.

Cogió su vaso favorito y empezó a preparar café con tranquilidad mientras recordaba las palabras de su hermana: «Sin hombres ni buena comida, ¿para qué vivir? ¡Ésos son los placeres de esta vida, Haná!».

Miró ufana sus delicadas muñecas. Era hermosa, y eso era suficiente, pero tenía que seguir siendo hermosa, menuda y grácil. ¿Quién se acordaría de su cuarenta cumpleaños?

¿Qué sabía sobre Jáled? Sabía que vivía en Bulaq porque él mismo lo decía a menudo y siempre con orgullo. Parecía seguro de sí mismo pero sus ojos nunca se encontraban con los de una mujer. ¿Sería también virgen como ella? ¿Qué más cosas conocía de él? Que era una persona religiosa. Nunca descuidaba sus oraciones. Sabía que era un alumno ejemplar y que su mejor amigo era un joven ciego al que ayudaba en todo. Era el prototipo del egipcio bueno y paciente. De los primeros de su clase. Había conseguido un puesto en la universidad y leído una tesina sobre las traducciones del Alcorán. Era un hombre y era joven, lo que ella quería.

Se sentó tranquila mientras bebía el café a sorbos y miraba el reloj negro de pared. Había un único problema: Jáled era religioso. ¿Qué podía esperar de él?

¿Y ella? Creía en Dios, pero sentía un extraño resentimiento y una frustración como nunca había experimentado. No consideraba un crimen perder la virginidad. La castidad es la corona de la joven a los veinte, su adorno a los treinta y su tortura a los cuarenta! Basta de castidad. ¿Qué provecho había sacado de ella? ¿Acaso

conocía a qué olía un hombre o cómo era su tacto? ¿Qué sabía de los hombres? Rami nunca la había tocado. ¿Qué preocupaba a los hombres en Egipto? ¿Tenían miedo de las mujeres? ¿Qué les asustaba de ellas? ¿A qué venía esta reflexión? ¿Y por qué ahora esta valentía? ¿Por qué no había perdido la virginidad en todo este tiempo? ¿Por qué no había olvidado a Rami a pesar de que él la había olvidado? ¿Por qué había desperdiciado su vida entre trabajo, estudio, miedo y un amor imposible?

Había sido una tonta pero el tiempo de hacer el tonto había llegado a su fin.

Se había mostrado indolente pero ya se había acabado eso de no hacer nada.

Y después de perder la virginidad ¿qué iba a hacer?

Celebrarlo una y otra vez. Arrojaría al Nilo esa cadena. Las solteras nunca se casan, las solteras son una deshonra para la sociedad. Los hombres se casan con una cuarentona solo si es viuda o divorciada, nunca soltera. Cuando perdiera la virginidad organizaría una gran fiesta e invitaría al profesor Sami, a Abdelhamid, a su hermano, a su hermana, al portero, a Nagat su empleada del hogar, y quizá...

Puso las manos sobre su vientre. Quizá fuera el momento para que este útero aletargado se despertara y que sus óvulos gastados volvieran a la vida. Quizá era hora de que la mujer que había en su interior se rebelara y tomara el control de la respetable profesora. Quizá era hora de que este dormitorio se incendiara y comenzara a palpar. Quizá.

Jáled era religioso. No sabía nada de él. Quizá tuviera una relación. Quizá la encontrara pálida y mayor. Quizá.

Nunca había intentado seducir a un hombre, a ningún hombre. Entonces ¿por qué no los odiaba? ¿Por qué no decidía de una vez que eran una de las plagas de la sociedad? Si lo hiciera, aceptaría de

buena gana este hecho consumado como en su momento había hecho su antigua profesora. Ojalá odiara a los hombres.

Pero ¿los conocía? ¿Qué sabía de los hombres?

Hoy aprendería todo sobre ellos. Todo. Y de una fuente muy fiable.

Pero no debía olvidar que tenía por delante quinientos exámenes que corregir y que seducir a un joven como Jáled no iba a resultar fácil. Tenía que pensar en todas las artimañas sobre las que había leído. Su vida había sido pobre en ese sentido y su experiencia, deplorable. ¿Cómo iba a seducirlo? Ni siquiera quería seducirlo, solo quería que rompiera esa barrera que se levantaba como un obstáculo ante su condición de mujer. Nada de seducción.

Recordó la novela *Pasaje a la India* y cómo la joven inglesa entró en la cueva junto al médico hindú para luego acusarlo de haberla violado sin estar segura de lo que había sucedido. Utilizaba esta novela con los alumnos de cuarto. Entre ellos estaba un sorprendido Jáled quien exclamó:

—No entiendo esta novela. ¿De verdad el autor pretende que la joven inglesa no recuerde un incidente como ése? Es un disparate. Esas cosas no se olvidan.

Ella en cambio daba crédito a la joven. Creía posible que la mente se nublara y perdiera el control sin necesidad de beber o de tomar pastillas.

Toda mente tiene una puerta de acceso, un punto débil. Toda mente está lista para enajenarse.

Además, ella era mayor que Jáled. Y era astuta. Necesitaba corregir quinientos exámenes, perder la virginidad y levantarse temprano para salir hacia Estados Unidos. Tenía que despertar su vientre dormido. Y necesitaba vengarse de Sami y Abdelhamid, de todos los que tienen poder y autoridad, y de todos los que sirven a quienes tienen poder y autoridad.

Jáled se detuvo junto a la puerta vacilante y avergonzado.

–Adelante –se apresuró a decirle.

Entró despacio y ella lo invitó a sentarse. Se sentó en una silla y con gesto adusto preguntó:

–¿Comenzamos ya a corregir?

Él la miró. Haná sabía lo que insinuaba aquella pregunta. Aunque no estaba acostumbrada a mentir, dijo segura de sí misma:

–Nagat, la criada, está dentro, en la habitación. Por si quieres algo.

Él se tranquilizó un poco y puso manos a la obra. Ella lo observaba mientras concentrado corregía los exámenes en la mesa. Se entregaba a la tarea con seriedad. Vestía unos vaqueros y una camisa a cuadros.

–No sé cómo darte las gracias, Jáled –dijo mientras lo miraba y dejaba caer el lápiz de su mano.

–Lo hago con mucho gusto, profesora –contestó sin devolverle la mirada.

–¿Tienes hermanos? –continuó.

–Un hermano y una hermana.

–Igual que yo. ¿Están casados?

–Mi hermano pequeño se prometió hace un par de meses. Mi hermana está aún en el colegio.

–¿Y tú? –le preguntó como sin querer.

–Hace un año tuve una relación pero... –respondió refugiándose en los exámenes.

–¡Era tu compañera en la universidad! –se le escapó entusiasmada.

De pronto la miró sorprendido. La profesora Haná no era conocida por su afición a hacer preguntas, sino por ser alguien difícil para todo, a la hora de calificar, en el trato. Puntillosa y complicada, vivía en otro mundo. No se interesaba en absoluto por los

detalles de la vida de los demás. Sin embargo él la admiraba por su integridad y por su extremada conciencia. Se sabía de ella que no le gustaba la mediocridad y que trabajaba duro. No podía imaginar que un día iría a su casa y que ella le interrogaría de una manera tan directa.

Jáled miró su reloj. Las once.

–Es tarde, profesora –dijo dubitativo–. Puedo llevarme los exámenes y traerlos mañana por la mañana. Me pasaré la noche en vela corrigiendo.

¡Se había equivocado al preguntarle sobre su vida! Todo era culpa suya.

–Imposible –replicó de inmediato.

Él abrió la boca pero ella continuó enérgica:

–Pero si estás cansado, puedes marcharte. Seguiré yo.

Por un momento reinó el silencio. Haná se quedó sin respiración. Y si se marcha, ¿qué?

Tenía que parecer segura y fuerte.

¿Y qué si se queda?

Antes de que él pronunciara una palabra se apresuró a decir:

–Lo siento, Jáled. Te consideraba mi alumno y, por tanto, creía que no dudarías en venir a mi casa.

–Me quedaré una hora más –repuso firme.

–¿Tienes miedo del portero? –le preguntó inquisitiva–. Todos saben que eres mi alumno y que estamos trabajando juntos.

–No puedo quedarme aquí, profesora. No está bien.

–¿Por qué? –respondió ofendida.

–No está bien. No es correcto. *Haram* –replicó.

Se puso de pie. Ella estaba ruborizada.

–¿Te apetece un café o un té?

–Sí, por favor. Té con tres cucharadas de azúcar.

–No tengo azúcar. No lo uso.

–Es usted justo lo contrario a mi madre –comentó sonriendo–. Si en nuestra casa no hubiera azúcar, mi madre nos declararía la guerra a todos.

De nuevo su carácter reservado parecía desaparecer. Pero ella no quería hablar. Tenía miedo de pronunciar una palabra que acabara espantándolo. Quería que su mente se enajenara y eso no ocurriría hasta pasadas muchas horas más. Quería que se sumergiera en la corrección de los exámenes y que se olvidara del tiempo.

El tiempo pasaba y, a medida que lo hacía, ella albergaba mayores esperanzas. De repente dijo:

–¿Crees que ayudarme no es correcto, que es *haram*? Quiero decir, el que tú corrijas unos exámenes que me han encargado a mí, ¿no es aprovecharme?

Él sonrió. Era la primera vez que le veía sonreír.

–Pero ésta no es su asignatura. Es la asignatura del profesor Alí y él se ha marchado. Por tanto, qué más da quién los corrija –contestó.

–¿Qué opinas del profesor Sami?

–Que no es de fiar.

–¿Perdón?

–¿Quiere mi opinión?

–No te gusta.

–Es un embaucador y a mí no me gustan los embaucadores.

–¿Y el doctor Alí?

–Un buen profesor.

–¿Y yo?

–Es un poco estricta. No sé qué podemos esperar en sus exámenes. Pero es buena y tiene conciencia.

–No imaginaba que serías tan franco. Siempre pareces tan reservado, tan callado. No sé en qué piensas.

–¿En qué pienso?

–Sí, en qué piensas.

–En mi familia.

–¿La quieres?

–Es todo lo que tengo.

–Yo ya no tengo familia. Mis padres murieron y no sé nada de mi hermano ni de mi hermana.

–¿Se marcharon fuera?

–No.

–Han perdido el contacto.

–No. Digamos que cada uno tiene su vida y ninguno se preocupa por los otros.

Se hizo el silencio. Por primera vez él la estaba mirando. Sus miradas se cruzaron.

–La una, profesora –dijo mirando el reloj.

–¿Cuántos exámenes te quedan? –preguntó desesperada–. Yo tengo cincuenta, ¿y tú?

–Unos cuarenta –respondió hojeándolos.

Tras un breve silencio Jáled preguntó:

–¿Puedo usar el móvil?

Sacó el teléfono y comenzó a marcar un número. Ella lo observaba con detalle.

–Sí, preciosa... ¿Cómo se encuentra?... No pasa nada. Llegaré un poco tarde... No se preocupe por mí... Puede que una hora más... Vale, estese tranquila. Quede con Dios.

–¿Hablabas con tu madre? –le preguntó muy sorprendida.

–Sí –contestó sobre la marcha mientras levantaba el brazo y estiraba la espalda sobre la silla.

–¿Quieres tomar algo?

–Si no tiene azúcar, no quiero nada.

Ella lo miró. Notó que por primera vez Jáled dejaba de guardar las distancias entre ambos. Ella no quería eso. Desde luego

quería llevárselo a la cama esa noche, pero no que se tomara confianzas.

Se puso de nuevo a corregir exámenes. El silencio se alargó una hora más. Finalmente él se levantó y exclamó triunfante:

–¡Se acabó! Todos los exámenes corregidos, profesora.

Así, sin más. Todo había terminado, sus planes, sus esperanzas. Se quedaría por siempre virgen. Iba a morir virgen.

–No te vayas, Jáled –rogó horrorizada.

Él la miró confundido.

–Hay algo que quiero darte –continuó.

No entendía qué quería ni qué le había pasado a la profesora Haná. Se quedó en su sitio. Ella salió rauda hacia la vieja cocina. Miró al techo. ¡Qué alto era y qué sombrío! La criada no lo había limpiado. Eso era: no lo había limpiado. Cuando volviera de Estados Unidos tendría que ponerse de acuerdo con esa sirvienta que no había limpiado el techo de la cocina. Pero ahora tenía que seducir a este joven al que había comenzado a odiar. Se le estaba agotando la paciencia. Sabía lo que quería, lo que iba a hacer. Sus planes estaban cuidadosamente diseñados. Agarró el interruptor general que estaba en la cocina y lo desconectó. La corriente eléctrica se interrumpió tal y como quería. Suspiró profundamente. En la oscuridad podría entregarle lo que quería. En la oscuridad de la noche, en la oscuridad de la casa, quizá él se enajenara.

–La luz se ha ido, Jáled. Llevaré una vela –dijo alzando la voz.

Tenía la vela preparada delante de ella.

La encendió y regresó al salón. Él había abierto la puerta del apartamento y la estaba sujetando.

–¿Qué haces ahí de pie? Entra, por favor.

–Tengo que marcharme –dijo en tono serio.

–Te ruego que esperes cinco minutos. Tengo un grave problema –le dijo de nuevo antes de que pudiera moverse.

Por primera vez la miró a los ojos. La duda comenzó a apoderarse de él. Era como si no la conociera.

—¿Un problema? —preguntó con curiosidad.

Ella cerró la puerta y dijo mientras se detenía delante de él:

—¡Esta casa está habitada!

Él se echó a reír.

—¿Habitada?

Ella lo cogió de la mano antes de que él se moviera y comenzó a hablar sin descanso para que no pudiera articular palabra. Lo arrastró hasta el sofá. Parecía como si él se hubiera rendido.

—Escúchame, Jáled. Los he visto con mis propios ojos. Aparecen cuando se va la luz. La mujer echa a volar como el humo. Luego el hombre enciende las velas y las apaga. Y las voces. Solo yo las oigo.

La miraba atónito sin mediar palabra. Sentado en el sofá escuchaba en silencio.

Haná era consciente de que disparataba. No creía en esas cosas, pero estaba segura de que él sí.

—¿Has oído algo? —dijo asustada.

—¿Bromea, profesora? —contestó fascinado por la escena.

—En absoluto. ¿Crees en los *yinns*?

—Por supuesto.

—¿Conoces a alguien «tocado»?

—¿Tocado? ¿Qué quiere decir?

—Poseído por los *yinns*.

—Ah. Sí, claro. Mi tía estaba poseída por un *yinn*.

—¿Y qué hizo?

—Rezar. Un santón la ayudó. Estaba muy cansada. Imagínese: el *yinn* la mordió en los dedos de los pies y se quedó paralizada.

Respiró aliviada. Se estaba acercando al objetivo.

—¿Oyes eso, Jáled? ¿Qué puedo hacer con esas voces que me

persiguen? Hazte una idea: el día de la muerte de mi madre estuve oyéndolas toda la noche.

Se quedó en silencio. Ahora no mentía.

–Tenía miedo de entrar en su habitación. En realidad sigo teniendo miedo de entrar en su habitación. Siempre me da la sensación de que ella está de pie junto a la cama, regañándome por haberme quedado sola.

¿Había dado a su voz un tono de amargura? ¿La había escuchado? Reinaba el silencio. Estaban sentados en el sofá. Ella, inmóvil, observaba la vela. Él clavaba sus ojos en ella y notó cómo se le escapaban en silencio unas lágrimas.

Ésta era su oportunidad. Sabía que la debilidad era una de las cualidades más conocidas de las mujeres. El problema era que ella nunca había sido débil y que ningún hombre se había atrevido a desvirgarla. El hombre quiere la victoria y la mujer, la derrota; pero ella odiaba la derrota y la debilidad. Se secó las lágrimas y de pronto dijo:

–Tengo miedo. De la oscuridad, de la soledad, de la muerte que me acecha.

Él tragó saliva e hizo ademán de levantarse.

–No me dejes, Jáled. No ahora. No me dejes en la oscuridad –dijo agarrándole la mano.

Él volvió a sentarse despacio. Haná tenía que actuar rápido. Lentamente recostó la cabeza sobre su pecho.

–¿Qué opinas? ¿Hay un *yinn* en esta casa? –susurró al tiempo que ponía una mano sobre su pecho y arrimaba su cuerpo al de él.

–No sé –replicó desconcertado.

Él no se movió pero tampoco se separó de ella. ¿Qué pasaba por su mente? Haná deseaba saberlo, pero probablemente nunca lo sabría. De manera espontánea apoyó la mejilla sobre el cuello de Jáled y musitó:

–Odio la noche, la soledad, el silencio. ¿Y tú? ¿Por qué no dices nada?

–Profesora Haná, la vela está a punto de terminarse. ¿Quiere que...?

–Quiero regalarte algo, ¿te acuerdas?

–No sé si me lo mereceré.

–Ya no tiene mucho valor. Está viejo y descolorido.

–No creo que tenga nada viejo y descolorido.

–Dame una oportunidad.

–¿Por qué yo?

–No preguntes. No hables.

La vela se apagó. Era su oportunidad. Comenzó a acariciar su cuerpo mientras él la abrazaba con fuerza.

No quería besos. Ni los quería ni quería saber cómo eran. Solo quería una cosa. Ya no necesitaba palabras. Todo lo que sentía era su delicada muñeca latiendo entre sus manos. La meta estaba cerca.

Le desabrochó los pantalones con torpeza; se acercó a su regazo y se levantó la falda. Y así fue. El final de su virginidad. Sin besos, sin caricias, sin pasión. Él estaba dentro de ella y lo que sentía ella era un alivio que se mezclaba con un poco de dolor pero que no llegaba a molestarla. Había alcanzado su objetivo.

¿Cuánto tiempo había transcurrido...?

Suspiró profundamente mientras sonreía. Dormía en el sofá. La recorría un sentimiento de satisfacción. Él se había marchado. Era propio de ella alcanzar sus metas con rapidez y eficacia. Ni siquiera había necesitado desvestirse por completo y se había saltado todos los prolegómenos. Había querido limitarse a cumplir con su misión. Le había dado su regalo. Eran las cinco de la mañana y estaba cansada. Hoy solo quedaba pensar en Estados Unidos, en el congreso, en el flamante triunfo.

La llamada a la oración siempre lo reconfortaba, le inspiraba confianza en el mañana. En especial, la del alba. Pero hoy... hoy cerraba los ojos, escondía la cabeza. Al principio no se percató de que una mano le tocaba el hombro hasta que escuchó la voz de su amigo:

–Jáled, Jáled. La oración. ¿Qué te pasa?

Ni lo miró. Era Muhámmad, su amigo ciego. Su mejor amigo, más cercano para él que su propio hermano. Muhámmad le tocó el hombro de nuevo. En la oscuridad que el destino le había deparado buscaba a tientas el modo de llegar hasta su amigo pero no lo encontraba.

–¿Qué te pasa? ¿Por qué has llegado tan tarde?

Cogió aire despacio como si intentara comprender lo que había ocurrido el día anterior. Finalmente respondió:

–Estuve ayudando a la profesora Haná a corregir exámenes.

Muhámmad sonrió mientras palpaba la silla antes de sentarse. Las yemas de sus dedos estaban acostumbradas a tocar todo sin sentir vergüenza ni reparo.

–¡La complicada profesora Haná! ¿Te acuerdas de sus clases? Siempre explicaba de manera prolija y luego nos miraba desafiante como si fuéramos seres de otro planeta y no entendiéramos ni una palabra de lo que decía. Una mujer con carácter pero desdichada.

–¿Desdichada por qué? –preguntó un tanto indiferente.

–No sé. A esa edad... ¿Cuántos años tiene? Casi cuarenta, me parece.

De repente Muhámmad se quedó en silencio. Una idea se le vino a la cabeza:

–¿Crees que sigue siendo virgen?

–*Haram*. No está bien que hablemos del honor de las mujeres a la hora de la oración del alba. Vete a rezar –contestó agotado.

–¿Y tú? ¿Por qué no rezas? ¿Qué has hecho? ¡Fuiste de putas!

–¿Cómo te atreves? –dijo enfadado.

–Era una broma. Tú nunca descuidas la oración del alba. ¿Por qué hoy?

No respondió. Sentía una extraña opresión.

–¿Nunca te has preguntado si es o no virgen? –preguntó astuto–. Yo creo que es virgen. Su voz suena extrañamente triste. ¿Es guapa, Jáled?

–No sé. Quizá.

–Antes me describías todas las cosas...

–¿Vamos a estar hablando de ella todo el rato? Estoy cansado, Muhámmad.

–Hablemos entonces de Safá. ¡Cuánto echo de menos una mujer! Sin embargo tú... ¡Está en tu mano casarte con ella en cuestión de segundos y no lo haces!

–Quizá lo haga.

–¿Has decidido volver con ella? Es lo mejor. Es una buena chica y te quiere. Tu madre y tu hermana no quieren que te cases pero tú lo necesitas. Todos lo necesitamos. La mujer no siente las mismas necesidades que el hombre. Ella puede vivir sin casarse. Incluso puede quedarse virgen si quiere, pero el hombre no.

–Sí, si quiere.

–Entonces ¿es virgen?

–Puede que lo sea o puede que lo fuese –respondió después de pensarlo un momento.

–No entiendo.

–No importa. Vete a rezar.

–¿Qué te pasa, Jáled?

–Hoy mi vida ha dado un vuelco total. Me ha caído encima algo inesperado y que no he pedido. Que Dios me perdone. Yo no quería esto. Vete a rezar y pídele a Dios por mí. Y no me preguntes jamás qué ha ocurrido hoy.